



CAZADOR FRANCES.—1836.

LA HERMANA DEL EMIGRADO.

III.

Hacia unos meses que Arturo y su hermana habían salido de Viena: la noche ya empezaba a venir, y las casas que rodean la plaza de San Carlos se iluminaban una á una y delineaban sus luces en el suelo. Una sola, triste y sombría, parecía estar agena de la nueva vida que animaba á sus vecinos y tenia aquella parte de la plaza en una completa oscuridad: era la de Margarita.

Luego llegó á la plaza de San Carlos un jóven, cuya larga capa cubria sus hombros y lo ponía á cubierto de las miradas de los transeúntes. A pesar de aquel singular disfraz, se podía venir fácilmente en conocimiento de que era jóven por su aire y modo de andar; empero no era tan fácil distinguir si era un malhechor ó un enamorado. Dirigióse con resolución primeramente por el lado de las tiendas, y despues, habiendo llegado á la casa de la jóven, echó una rápida ojeada alrededor de sí, y cierto de que nadie lo habia visto, se detuvo súbitamente.

Entonces se acercó á la puerta y dió solamente cinco aldabonazos pequeños, y separados por iguales intervalos, como si fuera una señal; pero viendo que nadie le respondía, repetidos segunda y tercera vez sin obtener mejor respuesta, y temiendo sin duda

llamar con su terquedad una atención que al parecer evitaba con tanto cuidado, se retiró.

Sin embargo, dos horas despues el mismo hombre volvió á la misma puerta; mas esta vez estaban enteramente cerradas las ventanas y no dejaban ver ninguna luz, lo cual hizo en él penosa impresion, y lo tuvo en cruel indecision, hasta que por fin despues de haber titubeado un instante entró resueltamente en la tienda mas inmediata y le dijo al mercader:

— Caballero, por ventura no vive ya en la casa de junto Mlle. de Kerval?

— No monseñor: nadie la habita ahora.

Al verse llamado monseñor, arrugó el desconocido el entrecejo, bajó los ojos y vió que se habia abierto su capa, debajo de la cual brillaba un magnífico uniforme austriaco é insignias que manifestaban un rango y grado elevados; mas ya no era tiempo de disimularlo.

— Y ahora, añadió, en dónde vive?

— Monseñor, hace seis meses que vino á buscarla un jóven en silla de posta, y desde entonces no ha vuelto á parecer.

Es esta noticia el extranjero mudó súbitamente de semblante, sus labios se pusieron trémulos y amoratados y su frente se arrugó.

— Gracias, le dijo.

Luego que salió, exclamó juntando convulsivamente las manos:

— Ah! Margarita, Margarita, ¡quién lo hubiera podido pensar!

IV.

Arturo de Kerval, mudó de nombre, como lo habia dicho al llegar á Feslach, y para que fuese mas completa su metamorfosis, renunció tambien á todas las señas características de su ilustre nacimiento. Arturo Morel, fue el nombre simple y plebeyo que adoptó. Margarita pasaba por su muger y el niño que llevaban por el fruto de su union. Habitaban á corta distancia de la villa una casita, comprada con los ahorros del jóven hidalgo, y mas propia que otra cualquiera, por lo distante que estaba de las casas inmediatas, para el misterio de su nueva existencia.

Bien se echa de ver que la jóven tendria muchas lágrimas que derramar y ocultar para no observar religiosamente el retiro á que la habia condenado la prudente severidad de Arturo. Solo algunas veces, cuando el cielo estaba despejado y las estrellas brillantes: cuando todos los aldeanos metidos en sus humildes casas descansaban de las penosas labores del dia, Margarita cojia el brazo de su hermano y ambos se iban á respirar al campo la frescura del ambiente, y á saborear los perfumes exhalados en la tarde por el rocío y por las flores.

Una noche encontró Arturo en una de aquellas pe-

MI AMOR.

Mi cielo, mi bien, mi vida,
¡Oh que placer!... ¡Ya te miro!
Te di mi dulce suspiro
con el alma extraviada.

Siempre penar y sufrir!
Solo dolor y amargura!...
Mil veces quiero morir
que faltarme tu ventura.

A buscar vengo la muerte;
mas vengo á darte primero
con mi labio frío, inerte,
de amor el beso postrero.

En vano á pasión tan loca,
se opone humano poder;
deja que beba el placer
y la delicia en tu boca.

Es un volcan mi pasión,
Tu cariño un desvarío,
mi amor brillante ilusión
que alimenta el pecho mio.

Lloras mi bien! ese llanto
quita á mi pecho la calma
y pone en triste quebranto
mi corazón y mi alma.

Un momento! qué te aterra?
Aunque perdamos la vida,
Qué importa? Todo, querida,
perece en la cruda tierra.

Hay una dicha indecible,
hay un intenso placer,
que explicarle no es posible
por ser tan grande muger.

Mas, cielos! por Dios, mi bien,
Estás fria, tu mirada
me deja el alma aterrada,
oh! me abandonas también?...

No existes!! Tu frente pura
Quiero adornar con mil flores,
cuyos divinos colores
ensalzarán tu hermosura.

Y en tu boca virginal
contemplar con frenesí,
la sonrisa celestial...
y despues unirme á tí.

ISIDRO GIOL Y SOLDEVILLA

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche: El aplaudido drama de costumbres populares, titulado: LO DE ARRIBA ABAJO O LA BOLSA Y EL RASTRO. Terminando la función con baile nacional.

Príncipe.

A las siete de la noche. La comedia en un acto, titulada: ¡ATRÁS! Las Mollares. La comedia en un acto, titulada: MEDIDAS EXTRAORDINARIAS O LOS PARIENTES DE MI MUJER. Pas-de-deux del baile La Gicelle por Mme. y Mr. Finart. Terminará el espectáculo con el aplaudido juguete cómico, en un acto, y en verso, titulado: YA MURIO NAPOLEON.

IMPRESA DE BOIX.

regregrinaciones silenciosas y solitarias. una carta casi enterrada en el polvo del camino. Lo primero que hizo, fue ver si podía leer el sobre, y la luna, que en aquel momento brillaba con todo su resplandor, le hizo mucho favor. Arturo leyó:

— A la señora condesa de Spilberg.

Era la condesa de Spilberg muger jóven y hermosa que vivia en una quinta de los alrededores, empero gracias al profundo retiro en que estaban no la conocian mas que de oídas.

— Veamos, dijo Margarita, tomando con curiosidad la carta de las manos de Arturo.

Apenas fijó la jóven su vista en la carta se sobrecojió de un temblor nervioso.

— Qué tienes Margarita? le preguntó Arturo con ansiedad.

A esta pregunta hizo Margarita un esfuerzo violento en sí misma; recobró una serenidad aparente y respondió:

— Nada, es un calofrío, entremos Arturo, porque hace frío esta noche.

Luego que se quedó sola en su cuarto, exclamó poniéndose de rodillas.

— O! Dios mio, Dios mio, no me he engañado.

Las facciones de Margarita revelaron en este momento una profunda inquietud, y estuvo algun tiempo sumergida en las mas sombrías reflexiones. No obstante, pareció verificarse poco á poco una trasformacion en su alma, pues ciertamente la estraña impresion que habia hecho en ella el carácter de letra, no le pareció ya tan fundada; mas al parecer le fue todavía mas penoso este nuevo estado de incertidumbre que su primera conmocion, y así es que se levantó súbitamente y bajó al cuarto de su hermano Arturo, el cual dormia profundamente. Una lamparilla, colocada junto á su cama, delineaba su luz vacilante sobre los muebles y demas objetos. Ya sea que la jóven tuviese remordimientos de la accion que iba á ejecutar, ó ya sea que temiese ser descubierta en medio de su culpable empresa, titubeó un momento antes de entrar; empero habiendo triunfado luego de su indecision, se fue resueltamente á la chimenea y cogió la carta que Arturo habia puesto en ella al entrar. Lo primero que hizo fue contemplar la letra del sobre, y bien cierta de la mano que habia trazado aquellos caracteres, la besó con enagenamiento; y despues, vencida repentinamente de una fuerza irresistible, se disponia á abrir la carta, cuando despertó Arturo.

— Margarita, le preguntó el jóven, que haces ahí?

Asustada Margarita con estas palabras dejó caer la carta y fijando en su hermano una mirada suspensa le dijo:

— Estas malo? me has llamado.

— Soñaba pues!

— Oh! tanto mejor, mucho me has asustado, mira que trémula y que agitada estoy.

Efectivamente una estraña expresion animaba sus facciones.

— Pobre hermana!

— Buenas noches Arturo!

— Buenas noches Margarita!

— Buenas noches!

Al decir estas palabras se retiró Margarita y fué á echarse en su cama, que regó con sus lágrimas.

Con todo, no dejó de causar al jóven algunas sospechas la nocturna visita de su hermana, y no pudo dejar de creer, que la carta que habia visto en sus tiranos fuera el solo objeto de su paso increíble. Entonces recordó súbitamente la profunda agitacion que habia sentido Margarita al ver por primera vez aquel papel; mas á pesar de toda su penetracion no pudo formar mas que vagas conjeturas, que sucesivamente se desvanecian en la inverosimilitud de los motivos sobre los cuales las fundaba. Se vió pues reducido, aunque á pesar suyo, á poner cuidado al dia siguiente, en descubrir á fuerza de observaciones y de astucia un asunto que escitaba hasta tal punto su solitud y su curiosidad.

Si Margarita no hubiera oido mas que la voz de su conciencia, ciertamente no hubiera procurado ocultar con tanta obstinacion á su hermano el secreto de su dolor; pero evidentemente un temor invencible la contenia en los límites de esta confianza, como si una declaracion no hubiera podido comprometer la vida ó los intereses de un sér á quien amaba. Con todo eso, recurrió al proyecto de profun-

dizar sus terribles sospechas, y á bulto de sus propias investigaciones, resolvió valerse de las de Arturo.

Tal fué la disposicion de ánimo en que se encontraron estos dos jóvenes al dia siguiente. Sea que la noche hubiera tranquilizado el alma de Margarita, ó sea que fuere por su parte un acto hábil de disimulacion, lo cierto es que no dejó ver la profunda emocion del dia anterior.

— Arturo, qué vas á hacer con esta carta? dijo acercándose á la chimenea de su hermano.

Esta constante preocupacion de su hermana hizo mucha impresion en el jóven.

— Voy á dársela á un aldeano para que se la lleve á la condesa.

— Oh! guardate bien de hacerlo: es preciso que tú mismo se la lleves.

Clavó Arturo su vista perspicaz en su hermana y le dijo.

— Por qué?

— Porque esa carta puede contener secretos importantes, que te hagan desconfiar del mensajero que hayas elegido.

— Qué me importa! Lo mismo hubiera podido caer en sus manos que en las mias, y solo á la casualidad es á quien debo el poseerla.

— Precisamente, dijo Margarita, la casualidad es frecuentemente la providencia y si esta vez te ha elegido para depositario de ese papel es que no ha querido que pase á manos menos fieles que las tuyas.

— Margarita, dijo el jóven, que no podia adivinar este nuevo capricho: verdad es que no comprendo tu empeño, pues sabes con cuanto cuidado procuramos ocultar aquí á todos nuestra existencia.

— Pero no conoces á Mlle. de Spilberg!

— Vamos, dijo el jóven, convencido de la inutilidad de su resistencia, y curioso ademas por descubrir el misterioso desenlace que buscaba su hermana; iré porque lo que la muger quiere Dios tambien lo quiere.

— Entregarás la carta á la misma condesa.

— A la misma condesa.

— Arturo, replicó Margarita arrojándose al cuello de su hermano; veras como haces en eso una buena accion, pues tengo un presentimiento que me lo dice.

Echó Arturo una sonrisa de incredulidad á la jóven y le dió un abrazo, como sino hubiera hecho mas que condescender con las caprichosas exigencias de un niño mimado, aunque, sin embargo, un vil sentimiento de curiosidad lo determinó á dar por sí mismo un paso que parecia no comprender, sino por complacer á su hermana.

Algunos instantes despues Arturo llegaba á las puertas de la quinta de Spilberg. Al nombre de Arturo Morel, pusieron al principio los criados algun reparo en dejarlo entrar, empero luego que hubo espresado el objeto de su visita, uno de ellos se separó de sus compañeros y fue á anunciarlo. Arturo, que habia seguido á su conductor, entró al mismo tiempo que él en las habitaciones. Levantóse al instante la condesa y se dirigió hácia el jóven; mas apenas se vieron uno á otro, dieron un grito de sorpresa.

— Mr. de Kerval! dijo la condesa.

— Mlle. de Loguy! dijo el baron.

Y ambos se detuvieron un momento y quedaron inmóviles con este encuentro imprevisto y milagroso.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

LERIDA. La compañía de ópera ha puesto en escena con un éxito brillante y digno de todo elogio, un número considerable de producciones líricas, entre las cuales se cuentan el Barbero de Sevilla, Julieta y Romeo los Puritanos, la Lucrecia y la Norma. La señorita Soriano y los Sres. Montañés y Garcia Rojo, merecen del pueblo leridano las calificaciones mas ventajosas por sus talentos artísticos, por sus excelentes voces y por la figura, expresion y maestría con que cada uno canta su parte respectiva. Todos estos señores han recojido en este teatro muchos y bien merecidos laureos; pero muy señaladamente la señorita Soriano, que es una artista de mérito.